

te, y sus secciones armadas estaban en el puesto del peligro. Salvo raras excepciones, los guardias nacionales de los barrios populares hacían causa común con la insurrección ó eran espectadores impassibles del desorden. Los insurrectos estaban provistos de armas y municiones. En vano se anunció á primera hora que el rey había llamado á Thiers y á Odilón Barrot; el nombramiento del mariscal Bugeaud, publicado por el *Monitor*, paralizó el efecto de aquellas concesiones. En los grupos empezaba á correr la voz de *abdicación*.

Los defensores del poder tampoco habían pasado la noche en la inacción. Las tropas aún eran fieles y disciplinadas; pero la multiplicidad de órdenes y contraórdenes, la persecución constante de un enemigo que se escabullía siempre, las manifestaciones del pueblo en favor de los soldados, la actitud de la guardia nacional, todo había trastornado los espíritus y enervado las energías.

A fin de destruir las barricadas y penetrar en el corazón de la ciudad, Bugeaud formó cuatro columnas, aparte de fuertes reservas organizadas en la plaza del Carrousel. En la distribución de fuerzas se había prescindido de la guardia nacional. Los jefes de las columnas habían de allanar á su paso todos los obstáculos, restablecer la circulación, anunciar por todas partes la formación del ministerio Thiers-Barrot y, si esta noticia no bastaba á desarmar la insurrección, acudir, para vencerla, á los medios más enérgicos. A las cinco y media, las columnas de ataque salieron del Carrousel. Entre siete y siete y media, el mariscal supo que sus órdenes habían sido ejecutadas en todas partes y que sólo una columna encontraba hasta entonces serios obstáculos.

En la mañana del 24 de febrero la situación era, pues, la siguiente: por una parte, una insurrección que aumentaba de hora en hora, amenazando extenderse á toda la población; por otra parte, una fuerza imponente dispuesta para la represión. Si el anuncio del ministerio Thiers-Barrot no apaciguaba los ánimos, iba á trabarse la lucha decisiva. Pero entonces se revelaron en toda su extensión las consecuencias de la fatal resolución del príncipe, que á la vez había querido combatir y negociar. El nombre de Bugeaud paralizó los esfuerzos de los ministros conciliadores, y, por otro lado, el espíritu de conciliación, ganando hasta el Estado mayor, acabó por paralizar á su vez la acción militar en manos del mariscal y sus tenientes.

Thiers había pasado gran parte de la noche en buscar compañeros de gabinete. Después de haberse asegurado la adhesión de Remusat y Duvergier de Hauranne, obtuvo la de Odilón Barrot. Billault y Dufaure le negaron su concurso. El general Lamoricière prometió generosamente el suyo. Cerca de las ocho, los nuevos ministros fueron á palacio, prodigando en el camino consejos de prudencia que eran poco escuchados y caminando entre barricadas que les abrían paso para cerrarlo tras de ellos.

Introducidos en el gabinete real, enteraron á Luis Felipe de los progresos de la insurrección. A fin de que el nombramiento del mariscal Bugeaud no fuese un obstáculo para la paz, se acordó agregarle el general Lamoricière, joven aún y ya ilustre por sus campañas de África, confiándole el mando en jefe de las guardias

nacionales. Los ministros reclamaron la disolución de la Cámara, pero el rey negóse á tal sacrificio. Como lo más urgente era detener la ola popular que avanzaba, se confió á Barrot y á Lamoricière la misión de ir á proponer á los insurrectos una conciliación.

A poca distancia de las Tullerías, Barrot se vió ya detenido por las barricadas. Fué acogido con gritos de *¡viva Barrot!*, *¡viva la reforma!*, mezclados con los de *¡fuera Bugeaud!* y *¡fuera Thiers!* Arengó á los insurrectos en los barrios ricos, donde dominaba la influencia burguesa, y su palabra, sin entusiasmar, fué favorablemente escuchada.

A medida que Odilón Barrot, acompañado de Horacio Vernet, Abbaticci y otros amigos, subía por el bulevar hacia la Bastilla, los insurrectos presentaban un aspecto más impassible y sombrío, dando, en medio del silencio, alguno que otro grito de «¡abajo Luis Felipe!» Aun no hablaban de República, pero ya se acostumbraban á la idea de la abdicación. Llegó el cortejo al bulevar Bonne Nouvelle, donde se alzaba una formidable barricada; allí la frialdad degeneró en hostilidad manifiesta. Abatido, desconcertado, Barrot retrocedió, escoltado por un gentío que á cada paso iba en aumento. Al llegar á la esquina de la calle de la Paix, se le acercó Manuel Arago y le dijo al oído: «O la abdicación del rey antes del mediodía, ó una revolución.» El infortunado ministro se retiró con gran dificultad á su casa.

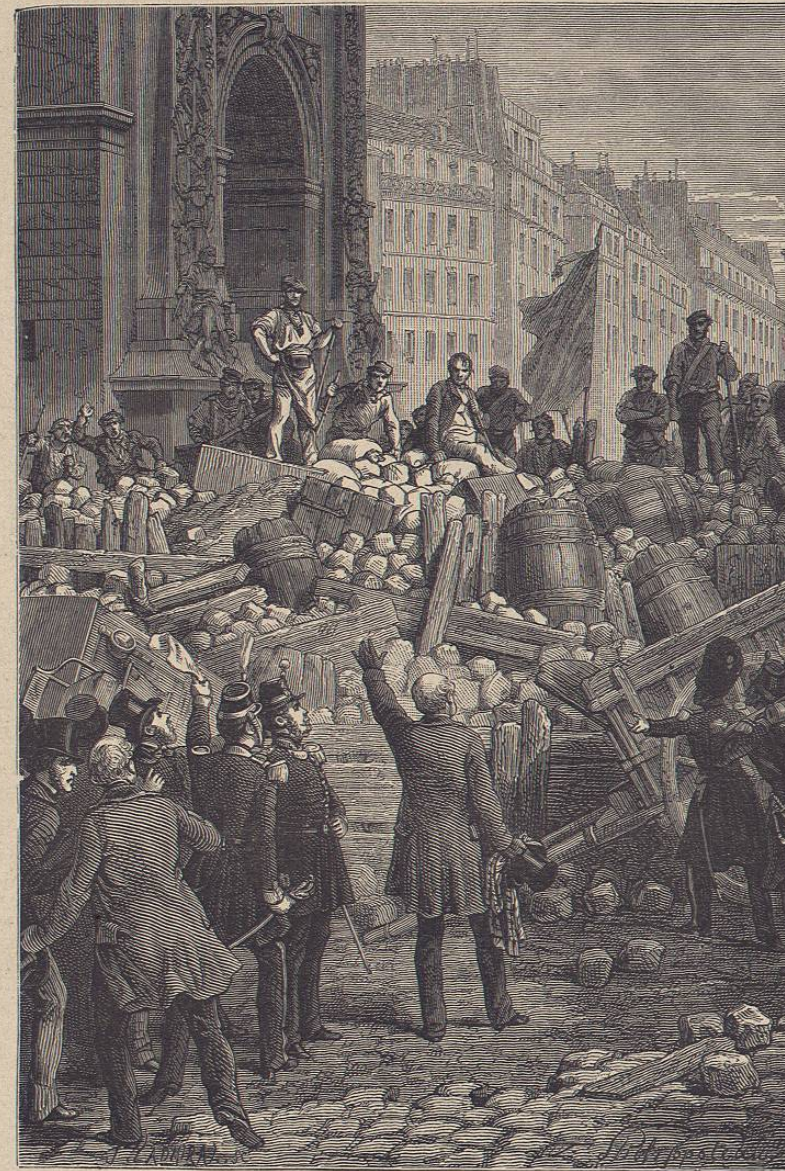
El general Lamoricière no fué más afortunado que Odilón Barrot en su misión de aquel día. En la calle de Saint-Honoré y en la plaza de Vendôme encontró disposiciones bastante pacíficas. Pero al llegar á los bulevares rodeóle un gentío enorme, del cual salieron gritos sediciosos. Encontró á Barrot y cambió con él algunas palabras de desaliento. Quiso seguir su marcha; pero el pueblo empezó de pronto á aclamarlo como si quisiese desviarle del cumplimiento de sus deberes prodigándole la popularidad. En todas partes se oían gritos de «¡á las Tullerías! ¡á las Tullerías!» El general comprendió que el pueblo quería ponerle á su frente, y se esquivó regresando á palacio.

La pacificación había fracasado. ¿Iba al menos á ganarse la suprema batalla preparada por el mariscal Bugeaud? Por un inaudito cúmulo de circunstancias, resultó que, así como la conciliación había sido imposible, no lo fué menos la guerra.

La más importante de las columnas de ataque organizadas por Bugeaud era la que había de dirigirse hacia la Bastilla por la línea de los bulevares. Su mando había sido confiado al general Bedeau, joven aún, pero que tenía adquirida, como Lamoricière, una notoriedad precoz en las guerras de África. Bedeau tenía á su disposición cuatro batallones de infantería, un destacamento de cazadores, un escuadrón de dragones y dos piezas de artillería. Salíó del Carrousel á las cinco y media y destruyó de paso algunas pequeñas barricadas en las calles Neuve des Petits-Champs y Feydeau; después de una escaramuza bastante viva al extremo de la calle Montmartre, desembocó en el bulevar. Creía en una lucha próxima é iba dispuesto á batirse. Pero no tardó en verse rodeado de un considerable número de burgueses y oficiales de la guardia nacional, que le afirmaron que el pueblo ignoraba el cambio de ministerio y que si las hostilidades se suspendían hasta que la

noticia fuese conocida en las barricadas y en el barrio de San Antonio, se evitaría la efusión de sangre. El general detuvo sus tropas á la altura del teatro del Gimnasio y mandó á pedir proclamas al Estado mayor; proclamas que inmediatamente fueron enviadas y distribuidas. Allí, como en todas partes, la asociación del nombre del mariscal Bugeaud á los de Thiers y Barrot

al cuartel general, aconsejando concesiones; hasta los príncipes se desanimaban. Lo sorprendente fué que decayera la proverbial energía de Bugeaud; y ello sería inexplicable si no se supiese que la guerra civil desconcierta á veces á los más firmes. ¿Obedeció el mariscal, como afirmó más tarde, á órdenes expresas del rey? ¿Cedió simplemente, como es más verosímil, á los con-



Odilón Barrot y sus amigos detenidos ante la barricada de la puerta de San Dionisio

produjo desconfianza. Entonces un vecino del barrio, M. Fauvelle-Delabarre, se brindó á ir al Carrousel. «Cuando yo afirme, dijo, que las proclamas son auténticas y que el gabinete ha sido cambiado, me creerán.» El general Bedeau consintió en aquella nueva tregua y el Sr. Fauvelle-Delabarre partió para el Estado mayor.

Cuando llegó, cerca de las ocho de la mañana, encontró inquieto al mariscal, que había perdido parte de su confianza á causa de las noticias que recibía de la insurrección. Esta era dueña de varios cuarteles y de muchos puntos estratégicos, protegidos por las barricadas, que se iban aproximando. Burgueses, oficiales de la guardia nacional, funcionarios de todo orden, afluan

sejos reiterados que de todas partes recibía? Lo cierto es que, abandonando sus planes de represión, envió al general Bedeau la orden de suspender las hostilidades y de replegar sus tropas hacia el Carrousel. Portador de esta orden, el Sr. Fauvelle-Delabarre salió antes de las nueve del cuartel general. Casi al mismo tiempo Odilón Barrot y el general Lamoricière salían de las Tullerías para intentar en el bulevar la conciliación cuyo desgraciado éxito hemos referido. De modo que el poder renunciaba á la lucha y fracasaba en la pacificación.

Al recibir por conducto del Sr. Fauvelle las nuevas instrucciones del mariscal, el general Bedeau abandonó su posición ofensiva y empezó su retirada.

Queriendo evitar una colisión como la del bulevar de Capuchinas, el general se hizo preceder por una compañía de guardia nacional, encargada de anunciar las disposiciones pacíficas del poder; esperábase así evitar toda provocación de una y otra parte. Pero al llegar la columna al bulevar Montmartre, se encontró en presencia de un gentío inmenso é irritado; entonces se produjeron algunos actos de indisciplina: entabláronse coloquios y se cambiaron apretones de manos entre soldados y obreros; la muchedumbre, empujando los flancos de las compañías, rompieron sus filas en algunos puntos. Los insurrectos habían reconstituido sus barricadas detrás de la tropa; á cada una de ellas, los militares tenían que parlamentar para que los paisanos les dejaran el paso libre. Aquellos obstáculos entorpecían la marcha y aumentaban el desorden. En el bulevar de los Italianos, la columna encontró á Odilón Barrot, tan impotente en la pacificación como las tropas en la guerra. A medida que avanzaban éstas, el desaliento y la indisciplina se acentuaban. Al paso de una barricada, á la altura de la calle de Choiseul, la artillería confió sus piezas á la guardia nacional; momentos después fueron abiertos y saqueados los cajones. El triste cortejo continuó su marcha. Los soldados, cada vez más desalentados, y confundidos con la multitud, se dejaban registrar las mochilas y quitar los cartuchos; los oficiales no veían ó fingían no ver nada, y devoraban en silencio la humillación. En el momento en que los guardias nacionales y los paisanos que precedían á la tropa desembocaron de la calle Royale á la plaza de la Concordia, los guardias municipales del cuartelillo Peyronnet, creyéndose atacados, hicieron fuego. Momentos después, por una deplorable mala inteligencia, el retén del Puente Giratorio hizo fuego á su vez. Sólo después de tantas peripecias, el general Bedeau consiguió, cerca de las diez, reunir en la plaza de la Concordia sus batallones, aún numerosos, pero desmoralizados.

A partir de aquel instante, se precipitaron todos los acontecimientos. En el Estado mayor, el mariscal Bugeaud continuaba recibiendo las más alarmantes noticias. En los extremos de París eran incendiadas las barreras; las armas y municiones iban pasando á manos de los facciosos; la plaza de la Bastilla era evacuada por la tropa; la Casa de la Ciudad iba á ser invadida, si no lo era ya: en los barrios excéntricos, los soldados fraternizaban con el pueblo. La insurrección se acercaba á las Tullerías; ya se oía el tumulto; ya se distinguía el tiroteo; construíanse barricadas en la calle de Richelieu y se saqueaban las armerías á cuatro pasos del Louvre. En vano los ministros *in extremis* de la monarquía tratan de publicar un manifiesto anunciando que se ha dado la orden de suspender el fuego, que la Cámara va á ser disuelta y que el general Lamoricière es comandante de la guardia nacional; ya no basta un cambio de ministerio; es preciso que el rey abdique. Tan terribles noticias llevan la consternación al seno de la familia real. El terror llega á su colmo cuando, á las diez y media, se sabe que las Tullerías pueden hallarse de un momento á otro entre dos fuegos; pues por un lado los insurrectos llegan al Palais Royal, y por otro se dice que las tropas que el general Bedeau repliega en la plaza de la Concordia están dispuestas

á abrir á los revolucionarios el camino de palacio.

En medio de tal desastre, se celebra un tumultuoso consejo en las Tullerías. La familia real ¿está segura? El palacio ¿se halla al abrigo de un golpe de mano? Thiers aconseja la retirada por Saint-Cloud. Recíbese la noticia de que las tropas del general Bedeau, replegadas en la plaza de la Concordia, pueden ofrecer todavía algunos elementos de resistencia, y que por este lado no hay peligro que temer. Se aplazan las resoluciones desesperadas, y á fin de probar hasta el último recurso, se decide que el rey pasará revista á las tropas.

Luis Felipe, vestido de teniente general de la guardia nacional, bajó á la misma plaza del Carrousel en que Luis XVI, en la mañana del 10 de agosto, había pasado también revista á sus batallones leales. Le acompañaban los generales Trezel y Lamoricière, el mariscal Bugeaud y Thiers, reservado por el destino á asistir á los funerales de aquella monarquía cuyo nacimiento había sido uno de los primeros en saludar. La reina y las princesas seguían con la vista al cortejo desde el palacio.

Las tropas estacionadas en el Carrousel no habían sufrido, como los destacamentos diseminados por la ciudad, la disolvente influencia del contacto popular. Aunque debilitado, subsistía en ellas el sentimiento del deber militar. La presencia del rey podía reanimar los espíritus decaídos. Desgraciadamente, Luis Felipe no tenía en su causa esa fe robusta y comunicativa que electriza las almas. Aquella revista, destinada á fortalecer las lealtades vacilantes, fué incompleta é ineficaz. El rey pasó desde luego por entre las filas de la guardia nacional, algunos de cuyos batallones se hallaban mezclados en la plaza con las tropas de infantería. Los destacamentos de la primera y segunda legiones le acogieron con gritos de «¡viva el rey!» y «¡viva la reforma!» Continuando su marcha, llegó al frente de la cuarta legión que, más hostil, dió gritos sediciosos. Como si estas demostraciones hubieran sido indicio del sentimiento general, el príncipe renunció á poner á prueba la fidelidad de los regimientos, y con gran sorpresa de todo el mundo volvióse inmediatamente á palacio.

Semejantes tentativas, cuando no salen bien, acaban de echarlo á perder todo. Aumentó el desaliento en los soldados y la audacia en los insurrectos. El rey comunicó su abatimiento á la corte. La confusión reinaba en todas partes; las puertas se abrían á todo el que llegaba; se prescindía de toda etiqueta. A cada momento se recibían noticias alarmantes.

Entonces fué cuando la palabra *abdicación*, que desde hacía unas cuantas horas corría de boca en boca por toda la ciudad, fué pronunciada en las Tullerías.

Thiers ya había dejado entrever al duque de Nemours tan dolorosa necesidad. El general Lamoricière fué más explícito; acababa de ver la plaza del Palais Royal invadida por la creciente ola popular; acababa de oír á Esteban Arago anunciando la República próxima, y no vaciló en pronunciar la palabra fatal... «Mi abdicación, dijo el rey, no la tendrán sino con mi vida.» Presentóse en aquel momento en palacio el Sr. Crémieux, quien, en su inesperada visita, creyéndose autorizado como todo el mundo á dar consejos en medio de aquella suprema crisis, aconsejó que se confiase la presidencia del Consejo á Odilón Barrot y el mando de las tropas



LUIS FELIPE I DE ORLEÁNS, REY DE FRANCIA

al general Gerard. El rey aceptó la combinación y mandó extender la real orden. ¡Sacrificio pueril que nada podía salvar! Volvió á imponerse la idea de la abdicación: esta idea fué apoyada con una fuerza poderosísima por un hombre que entró de pronto echando fuego por los ojos, dispuesto á comunicar á todo el mundo las pasiones que le agitaban y los terrores que le invadían: el recién llegado era Girardín.

«Lo único que puede salvar la monarquía es la abdicación,» dijo, agitando un papel en que había condensado en forma lapidaria el programa de las concesiones que aún podía desarmar á la insurrección:

Abdicación del rey.

Regencia de la duquesa de Orleans.

Disolución de la Cámara.

Amnistía general.

El rey interrogó con la mirada á los suyos, y lentamente, como desplomándose sobre sí mismo, pronunció esta palabra: «Abdico.» Girardín salió en seguida para llevar la noticia á todas partes.

Poco después, en medio de la consternación de unos, de la impaciencia de otros y de la emoción de todos los que le rodeaban, el monarca trazó estas líneas:

«Abdico esta corona que la voluntad nacional me hizo llevar, en favor de mi nieto, el conde de París.

»¡Que el éxito le acompañe en la gran tarea que hoy asume!

»Hoy, 24 de febrero de 1848.

»LUIS FELIPE.»

Todo príncipe que abdica bajo la presión popular está condenado al cautiverio ó al destierro. Luis Felipe no escapó al destino común. La vanguardia de los insurrectos invadía la plaza del Carrousel: la huida de Luis Felipe fué decidida sin más demora.

El rey quitóse las condecoraciones y el uniforme que llevaba para la revista, se puso un traje de viaje, se despidió de sus cortesanos de última hora y, dando el brazo á la reina, bajó las escaleras del pabellón del Reloj. Acompañábanle el duque de Montpensier, la duquesa de Nemours, el duque de Sajonia Coburgo y la princesa Clementina. La servidumbre llevaba los niños, y algunos amigos cerraban la marcha. A este cortejo se había agregado Crémieux, diputado de la extrema izquierda; Crémieux, que, por un singular capricho de la suerte, antes de que terminase el día había de formar parte del nuevo gobierno.

A la salida del palacio, algunos guardias nacionales presentaron las armas, último saludo á la realeza caída. Por el paseo central del parque, el triste cortejo marchó á pie hasta la plaza de la Concordia, donde se distribuyó en tres coches que lo condujo á Saint-Cloud.

IV

Luis Felipe había abdicado, reservando los derechos del conde de París. Falta decir en qué paró aquella tentativa para afianzar en la frente del nieto la corona caída de la cabeza del abuelo.

Sabido es que después de la trágica muerte del duque de Orleans, dictóse una ley atribuyendo el derecho de regencia, no á la viuda del príncipe, sino al mayor de sus hermanos. Habiendo abdicado el rey, el poder

correspondía al duque de Nemours. Luis Felipe era demasiado respetuoso de la legalidad para cambiar por su autoridad propia una decisión del Parlamento. Pero la actitud de todos los circunstantes en el momento de la abdicación, el lenguaje de todos los miembros de la familia real, las disposiciones unánimes de los hombres de Estado que fueron testigos ó consejeros de aquella suprema crisis, no permitían dudar. Ya porque temiesen la impopularidad del duque de Nemours, impopularidad real, aunque inmerecida; ya porque contasen con las simpatías que no podían faltar á una madre enlutada presentando su hijo á la nación, convinieron implícitamente en que la duquesa de Orleans tendría las prerrogativas y el peso de la regencia. El mismo duque de Nemours se había asociado, con una abnegación generosa, á aquella combinación de la política. «¿La regencia es para Elena?» se había limitado á decir con una noble sencillez; y le había contestado una afirmación silenciosa. No habiendo de asumir el honor, el príncipe quiso al menos compartir el peligro, y, con una fidelidad religiosa y caballeresca, se constituyó en guardián de su cuñada y de sus sobrinos.

Mientras el resto de la familia real huía, ambos se habían quedado en palacio. El duque de Nemours, cuidando de salvar á los suyos, ora seguía con la vista el cortejo que se alejaba por entre los árboles desnudos de las Tullerías, ora se dirigía hacia el Carrousel, donde las balas empezaban á silbar. En cuanto á la duquesa, cuentan que, dejada casi sola en medio de aquel derribamiento, se refugió con sus dos hijos al pie del retrato del duque de Orleans, como si esperase que aquel esposo tan amado, reanimándose de pronto, le inspiraría las resoluciones propias para salvar á su estirpe. Así permaneció algún tiempo, medio arrodillada ante aquella imagen querida y recogiendo en la contemplación de su propio infortunio. En aquel momento se le acercó Dupín y le aconsejó que fuese en seguida á la Cámara de los diputados. La desdichada princesa, que no deseaba más que consejos, acogió aquél con docilidad. Como para disipar toda incertidumbre, el duque de Nemours, casi al mismo tiempo, le mandó á decir que saliese sin demora de las Tullerías y se dirigiese hacia el Puente Giratorio, porque el palacio iba á ser invadido. La duquesa partió, pues, acompañada de Dupín y seguida de algunos amigos; reunióse al pie del pabellón del Reloj con el duque de Nemours, que había concentrado varios destacamentos, y todos echaron á andar por aquella misma calle de árboles que media hora antes había recorrido el rey fugitivo. Al llegar al extremo del jardín, celebraron una especie de consejo. Los señores Havín y Biesta, que habían sido enviados por Odilón Barrot, propusieron que fuesen á la Casa de la Ciudad. «¿Sabéis montar á caballo?» preguntó Biesta á la duquesa. «Sí,» contestó ella; y señalando á los jinetes de la escolta, añadió: «Que se apee uno de estos dragones y montaré su caballo.» Dupín protestó vivamente, insistiendo para que fuesen á la Cámara, y prevaleció su opinión. Cruzaron la plaza de la Concordia, llena de paisanos y militares. Oyéronse algunas aclamaciones, tal vez porque los soldados se acordaron del duque de Orleans, tal vez porque el espectáculo de tan grande infortunio inclinó los corazones á la piedad. La duquesa, cobrando ánimos, se dirigió hacia el pala-